

Los príncipes y princesas son simplemente esclavos de su posición; no deben seguir las inclinaciones de su propio corazón.

Proverbio antiguo

No tengo por muy feliz la condición de reina: en mi vida habría querido serlo. Se padece la mayor de las coacciones y no se disfruta de ningún poder. Una es como un ídolo; debe aguantarlo todo y encima mostrarse contenta.

ELISABETH-CHARLOTTE, cuñada de  
Luis XIV, Palacio de Versailles, 1719

Las reinas de los libros de historia no pueden confundirse con las de los cuentos de hadas. Los diamantes que lucen en sus coronas nos ciegan acerca de la realidad de las transacciones políticas que su matrimonio sanciona, y de las cuales unos prudentes amoríos raramente las consuelan.

CHANTAL THOMAS,

*La reina desalmada*, 1993



EMPERATRIZ  
SISSI

## Una extraña en la corte

No me quedó otro remedio que vivir como una ermitaña. En el gran mundo me persiguieron y me juzgaron mal, me hirieron y me calumniaron tanto... Y sin embargo, Dios, que ve en mi alma, sabe que jamás le hice daño a nadie.

Confesiones de Isabel de Baviera

a su profesor de griego,

Constantin Christomanos, 1891

Al cumplir los treinta y cinco años de edad, Isabel de Baviera —la famosa Sissi— decidió ocultar su rostro tras un abanico y protegerse con una sombrilla de la mirada de los curiosos. Ella, que había sido considerada la emperatriz más hermosa de Europa, estaba harta de ser contemplada por el pueblo como un ídolo. También se negaba a interpretar su papel de encantadora emperatriz del poderoso Imperio austrohúngaro en una corte anticuada y perversa donde siempre se sintió una extraña. No se dejó retratar nunca más y nadie pudo ser testigo de su decadencia física, que tanto le angustiaba. Porque la leyenda sobre su belleza iba paralela a la de su excéntrico comportamiento. Durante más de cuarenta años asombró a todas las casas reales con sus desplantes y su menosprecio al rígido ambiente de los Habsburgo. Sissi rompió todos los moldes de la época y, desde luego, no fue la dócil y ñoña princesa de las películas. Se podrían llenar páginas enteras enumerando sus rarezas y extravagancias, fruto de una enfermedad que hizo de su vida un infierno.

Isabel era anoréxica y bulímica; no comía apenas, se agotaba haciendo ejercicio, se sometía a curas de sudor para adelgazar y su hiperactividad la obligaba a estar en constante movimiento, para queja de sus damas de compañía. El emperador Francisco José la amó hasta el final de su desdichada vida pero nunca la entendió. Ella, golpeada por las tragedias familiares y las presiones de la corte, bordeó la locura y acabó refugiándose en su propio mundo, olvidando sus

deberes y viviendo sólo para sí misma.

La legendaria Sissi vino al mundo en el palacio ducal de Munich la fría noche del 24 de diciembre de 1837. Al ser domingo y día de Nochebuena, su llegada fue recibida como un feliz augurio. Su madre, la princesa real Ludovica de Wittlesbach, era hija del rey Maximiliano I de Baviera y de su segunda esposa, Carolina de Baden. Ludovica era la pariente pobre de sus poderosas hermanas, todas ellas muy bien casadas con reyes y emperadores. Una era reina de Prusia, otra de Sajonia y la mayor, Sofía, habría sido emperatriz de Austria si no hubiera obligado a su débil esposo a renunciar al trono en favor de su hijo mayor, Francisco José.

La mayoría de las princesas de su época tuvieron que dejar a un lado los sentimientos para cumplir con las obligaciones propias de su rango. Ludovica no fue una excepción y, en 1828, contrajo matrimonio con un primo segundo, el duque Maximiliano de Baviera —o Max, como le llamaban—, hombre liberal, bohemio y bastante excéntrico que pertenecía a una rama menor de la Casa de Wittlesbach. Desde un principio, Max le confesó a su esposa que no la amaba y que si había accedido a casarse con ella era por temor a enojar a su enérgico abuelo. Aunque fue un matrimonio de conveniencia y mal avenido, tuvieron diez hijos, de los que dos murieron al poco de nacer.

Ludovica, una mujer de notable belleza en su juventud, contó más tarde a sus hijos que había pasado su primer aniversario de boda llorando todo el día porque se sentía inmensamente desgraciada. Le costó mucho acostumbrarse a la vida bohemia de su esposo, a sus escándalos y a tener que cuidar ella sola de su numerosa prole. Era una esposa sumisa que soportó con abnegación las infidelidades del duque, que solía almorzar en sus aposentos del palacio ducal con sus dos hijas ilegítimas a las que quería con ternura.

La princesa Isabel —a la que todos llaman Sissi o Lisi— estaba habituada a los lamentos de su pobre madre y nunca olvidaría una frase que ésta no dejaba de repetir: «Cuando se está casada, ¿se encuentra una tan sola!». La familia vivía alejada de las rígidas

convenciones de la corte imperial de Munich y pasaba largas temporadas en su residencia estival de Possenhofen. Por su rango, los padres de Isabel no tenían que ejercer ninguna función oficial y llevaban una vida sencilla y despreocupada en el campo sin ningún tipo de obligaciones.

La futura emperatriz de Austria nació en el seno de una familia nada corriente. Su padre, el duque Max, era sin duda el Wittelsbach más popular de la época y todo un personaje. En el palacio donde vino al mundo la pequeña, situado en la Ludwigstrasse de Munich, instaló un circo en medio del patio con palcos y butacas de platea para los invitados. El propio duque solía actuar en la pista mostrando su habilidad ecuestre con arriesgados números acrobáticos y vistiendo de payaso. También era famoso su *café-chantant*, al estilo de París, y un salón de baile con un enorme friso de Baco de cuarenta metros de largo. Allí se reunía con su círculo de amigos escritores y artistas bohemios, en torno a una peña conocida como la Tabla Redonda que él mismo presidía emulando al rey Arturo. Una alegre tertulia literaria donde se bebía cerveza, se cantaba, se leía poesía y se discutía acaloradamente. El duque Max fue un apasionado de la música popular bávara y célebre compositor de cítara, instrumento que llevaba en sus viajes alrededor del mundo.

Un mes después del nacimiento de Sissi, abandonó a su familia y emprendió un largo viaje por Oriente Próximo. Cuando llegó a El Cairo tocó la cítara en lo alto de la pirámide de Keops, para asombro de sus acompañantes árabes. También aprovechó su estancia para comprar en el mercado de esclavos «tres negritos», que causaron gran sensación en Munich, así como un buen número de antigüedades. Max, un hombre rico y juerguista, dilapidó su fortuna viviendo como quiso. Pero también era muy culto y poseía una magnífica biblioteca de casi treinta mil volúmenes que decía haber leído o consultado. De todos sus hijos sentía una especial debilidad por Sissi — se refería a ella como «su regalo de Navidad» —, que era la más parecida a él en gustos y carácter.

Isabel pasó la mayor parte de su infancia y adolescencia en el castillo de Possenhofen, situado en un paraje idílico a orillas del lago de

Starnberg. Possi, como lo llamaban, era un recio y modesto edificio, flanqueado por cuatro torres, que se alzaba en medio de un extenso parque entre rosaledas que descendían hasta la misma orilla del lago. Aunque veía poco a su padre, que se ausentaba con frecuencia, en el tiempo que Max pasó con sus hijos les inculcó su amor a la naturaleza, la libertad y la vida sencilla. Otra de sus pasiones eran los caballos purasangre, y en su palacio de Munich organizaba concursos de equitación en un hipódromo que mandó construir en su propio jardín.

Como su padre, Sissi prefería el campo a la ciudad y no cambiaba los frondosos paisajes que rodeaban Possenhofen por el brillo de los salones palaciegos. Ya de niña amaba la vida al aire libre, montar a caballo, nadar en el lago, pescar con anzuelo, pasear sola por los bosques y practicar el montañismo. También le gustaba la cerveza y sentía debilidad por las salchichas bávaras, que tanto añorará en la corte de Viena.

Ludovica, a pesar de ostentar desde su nacimiento el título de Su Alteza Real y Princesa Real de Baviera, se comportaba más como un ama de casa burguesa que como un miembro de la alta aristocracia. Apenas disponía de servicio y ella misma educó a sus ocho hijos — algo excepcional en una familia noble— mientras su esposo llevaba una vida errante lejos de casa. La duquesa no tenía grandes ambiciones políticas pero vivía bajo la influencia de su enérgica hermana, la archiduquesa Sofía de Austria. Tres años mayor que ella, sentía un amor devoto y gran admiración hacia esta hermana autoritaria que gobernaba a su antojo en el Palacio Imperial de Hofburg en Viena. Por miedo a perder su favor, seguía con cierto temor todos sus consejos y la ponía siempre de ejemplo a sus hijos.

La corte austríaca le quedaba muy lejos a Ludovica, que vivía como una aldeana, vestía de manera informal y no mantenía ningún trato con su sobrino Maximiliano II, rey de Baviera. Sus únicas aficiones eran coleccionar toda clase de relojes y estudiar geografía. Su esposo Max se burlaba de ella diciendo que sus conocimientos geográficos procedían de los calendarios de las misiones que colgaban en su salón.

Hasta los diecisiete años, Possenhofen es un paraíso para la pequeña Isabel; le encanta andar descalza por sus prados y corretear entre sus animales de compañía: un corzo, un cordero y varios conejos de todas las razas. La princesa habla el dialecto de la región y tiene buenos amigos entre los hijos de los campesinos de la vecindad. Su nueva preceptora, la baronesa Wulffen, tratará de inculcar sin éxito algo de disciplina a estos ocho hermanos medio salvajes que han sido educados con bastante libertad y sin prejuicios sociales. Sissi es una niña delicada y muy sensible que, en ocasiones, se sume en la tristeza sin motivo aparente.

La baronesa no tardará en darse cuenta de que es especial y distinta a su hermana mayor: «Isabel es por temperamento más débil y con tendencia a escrúpulos y preocupaciones. La hermana mayor la domina». La pequeña no tiene mucho interés por el estudio, pero escribe a escondidas versos ingenuos e infantiles. También le gusta el dibujo y toma apuntes de los animales, de los árboles del jardín y de las lejanas crestas de los Alpes, que ejercen en ella una poderosa atracción. A veces el duque Max interrumpe las tediosas clases de la baronesa, y se lleva a sus hijos a recoger fruta al campo o a trepar a los árboles. Otras, se presenta en Possenhofen con una pequeña orquesta y organiza un concierto o un baile en medio del prado. Isabel adorará a este padre ausente, tierno y fantasioso, con el que tanto tiene en común.

El 18 de agosto de 1848 Francisco José cumple dieciocho años y el sueño que su poderosa madre acaricia desde hace tiempo está a punto de cumplirse. Tras la abdicación de su tío Fernando I, que padecía una enfermedad mental, y la renuncia de su padre, el archiduque Francisco Carlos —hombre débil y poco apto para enfrentarse a las tareas del gobierno—, el joven se convierte en jefe de la casa imperial de los Habsburgo. Su llegada al trono coincide con el estallido de una revolución burguesa en Austria, que sacude los cimientos de la monarquía y que es reprimida con mano dura por los militares. Sofía, satisfecha por haber superado esta grave crisis sin pérdidas territoriales, sólo piensa en la coronación de su hijo. Ésta no se celebrará en Viena —por miedo a nuevos brotes de violencia en la

capital—, sino en el palacio arzobispal de la ciudad de Olmütz, en Moravia.

La emperatriz ejercerá una gran influencia sobre este hijo tan joven e inseguro, a pesar de haber afirmado que no se inmiscuiría en los asuntos de gobierno: «[...] en el advenimiento de mi hijo al trono, me propuse firmemente no intervenir en ningún asunto de Estado; no creo tener derecho a ello y lo dejo todo en tan buenas manos, después de trece años de penoso abandono, que siento profunda alegría de poder presenciar ahora con gran confianza, tras el espinoso año de 1848, el nuevo camino emprendido». Pero Sofía no cumplirá sus promesas y durante los siguientes años será ella la que moverá los hilos en Hofburg, centro del poder imperial. Las primeras medidas que Francisco José toma como soberano —entre ellas, la ejecución de los opositores políticos y la abolición de la prometida Constitución— son obra de su madre. Sofía, pragmática y autoritaria, había renunciado a sus ambiciones políticas y conseguido sentar a su hijo mayor en el trono gracias a su influencia en la corte. Es «la emperatriz a la sombra» y manejará a su antojo a su dócil vástago, a quien llama «mi Franzl».

En su juventud la archiduquesa Sofía de Baviera había sido tan hermosa que fue la única de sus hermanas cuyo retrato su primo, el excéntrico rey Luis I de Baviera, había incluido en su célebre Galería de Bellezas de su residencia de Munich. A los diecinueve años se vio obligada a contraer matrimonio con un hombre al que ni conocía ni amaba, el archiduque Francisco Carlos de Austria. Fue una unión meramente política y aunque Sofía comprendió que no podría cambiar su triste destino, ante las adversidades se transformó en una mujer independiente y enérgica.

Con el tiempo, llegó a amar a su bondadoso esposo «como a un niño al que hay que cuidar» y estuvo muy pendiente de la educación de los cinco hijos que tuvieron en común. En Viena se referirían a ella como «el único hombre de la corte». La archiduquesa, que siempre juzgaría muy duramente a su nuera, olvidaba que también ella había sido una joven e inexperta princesa bávara perdida en una corte extranjera en la



que no conocía a nadie y donde se sintió muy sola.

Cinco años más tarde, Francisco José se había convertido en un monarca absoluto y uno de los hombres más poderosos de su época. Fiel representante del Antiguo Régimen, era el jefe de las fuerzas armadas y gobernaba sin Parlamento y sin Constitución. En realidad sus ministros ejercían de meros consejeros porque él era el único responsable de la política del imperio.

Por entonces Austria se había convertido en una gran potencia mundial y el mayor Estado europeo después de Rusia, con cerca de cuarenta millones de habitantes. El imperio abarcaba territorios que hoy pertenecen a Italia, la República Checa, Eslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía, Ucrania, Serbia, Bosnia-Herzegovina o Croacia.

El emperador acaba de cumplir veinticuatro años y desprende un aire de autoridad y un porte majestuoso que despiertan la admiración de los que le rodean. En los retratos oficiales que se conservan de él en aquella época se ve a un joven apuesto, rubio, de ojos claros, cuidado bigote y una figura esbelta a la que sienta como un guante el ceñido uniforme de militar. Era, además, un hombre atento, de exquisitos modales y buen bailarín. Había llegado el momento de buscar una buena esposa a este monarca considerado un soltero de oro por el que suspiraban muchas damas de la corte. Sofía y su hermana Ludovica hace ya tiempo que acarician el proyecto de casar a Francisco José con Elena (Nené), la más responsable y preparada para convertirse en una buena emperatriz. Aunque la joven sólo procedía de una rama bávara secundaria y no pertenecía a la Casa Real de Baviera, ambas coincidían en que era la mejor aspirante. Francisco José está tan dominado por su madre que sólo hará lo que ella disponga y aceptará sin protestar la novia que le destine.